

“Nos pasamos gran parte de la cuarentena haciendo una primera siembra de tomate en invernadero que luego trasplantamos al campo. Son actividades esenciales para que ahora mismo, en pleno verano, tengamos esta hortaliza disponible en el mercado y se disfrute en las casas o los restaurantes”. Antonio Pizarro, agricultor de tomate y maíz en Miajadas (Cáceres), pone un ejemplo de lo que las organizaciones profesionales agrarias (OPA) no se cansaron de decir durante el tiempo que duró el confinamiento: “Hemos sido colectivos esenciales durante el estado de alarma. La realidad es que antes éramos igual de esenciales porque somos el primer eslabón de la cadena agroalimentaria que alimenta a toda la sociedad”. Este compromiso llevó también a las OPA, justo en un momento de movilizaciones en toda España para reivindicar que se reconociera y valorara como es debido ese servicio esencial, a parar todos los actos y protestas que se estaban celebrando. “Ahora es necesario ser prudentes y responsables, por lo que hay que poner fin, de momento, a la revuelta de los agricultores”, afirmaron en un comunicado conjunto Asaja, COAG y UPA. Sin embargo, también en la España rural se prohibió a muchas personas cuidar sus huertos para el autoconsumo. En Cáceres, mientras Antonio Pizarro tenía permiso para sembrar tomate y maíz, al norte de la provincia, en la sierra de Gata y Las Hurdes, multaban a las personas que cultivaban

su propio huerto, según denunció la Asociación por la Recuperación del Bosque Autóctono (ARBA), quién protagonizó, al igual que otras ONG y colectivos, [movimientos de apoyo a la huerta de autoconsumo](#).

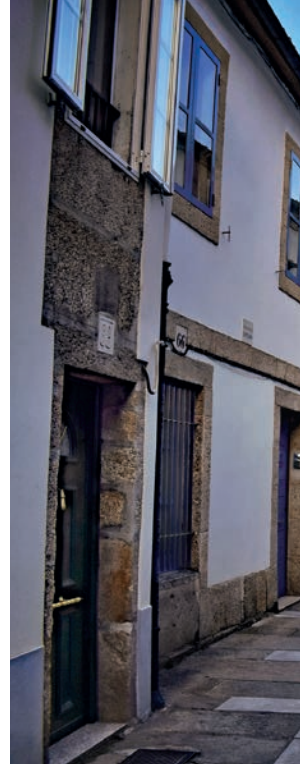
LA REALIDAD DEL MUNDO RURAL

Algunas comunidades autónomas y ayuntamientos consiguieron flexibilizar esta prohibición, pero Marta Corella, alcaldesa de Orea, un pequeño pueblo de montaña de Guadalajara que al principio vivió esta imposibilidad de que sus vecinos labraran sus huertos, tuvo que bregar con el desconcierto que se adueñó de las zonas rurales, de quienes estaban al mando en los ayuntamientos y de los habitantes. “No se comprendió desde un principio la realidad del medio rural”, afirma.

A esa realidad se refiere cuando habla de que “no tiene sentido prohibir a una familia o a un vecino salir a tomar el sol a la puerta de su casa, como hace habitualmente, cuando el más próximo está a treinta o incluso trescientos metros; y lo mismo cuando nos permitieron salir, que podíamos ir por el campo, pero no recoger setas porque se consideraba recolección, aunque fuera para tu consumo”.

Hay que recordar que el estado de alarma se declaró el 14 de marzo y que hasta más de dos meses después, el 22 de mayo, el *Boletín Oficial del Estado* no publicó una [orden \(SND/427/2020\)](#) del Ministerio de Sanidad por la que “se flexibilizan ciertas restricciones

REPORTAJE



Texto: Javier Rico

Cómo se vivió la cuarentena rural

¿Por qué no podía salir una persona o una familia a tomar el sol a la puerta de su casa cuando la siguiente vivienda habitada está a treinta metros? Mientras los grandes titulares de los medios de comunicación reflejaban continuamente los malestares de las personas que habitan en medios urbanos durante el confinamiento obligado por la pandemia por coronavirus, en el medio rural se hacían estas y otras muchas preguntas. Y todo en un entorno que realmente no paró; no pudo parar de producir alimentos porque los necesitábamos, precisamente, en esos medios urbanos.



Calles vacías: escenas insólitas del confinamiento.



El turismo rural, que también se vio muy afectado, ha experimentado un crecimiento este verano.



En la primera fase del estado de alarma no se podían cuidar los huertos de autoconsumo.



La alcaldesa de Orea, Marta Corella, ha sido galardonada con el Premio Orgullo Rural 2020.

derivadas de la emergencia sanitaria provocada por la covid-19 a pequeños municipios y a entes locales de ámbito territorial inferior". Es decir, que en aquellos pueblos con menos de 10.001 habitantes y una densidad de población inferior a cien personas por kilómetro cuadrado se eliminaron las franjas horarias para pasear y hacer deporte, se permitió que más de un adulto paseara con los niños y se autorizó la reapertura de bares y restaurantes, incluso para consumir en su interior con limitaciones de aforo.

La orden corrigió en parte el desconcierto que no para de desgranar Marta Corella, ya que esa realidad de los territorios rurales en muchas ocasiones lleva el apellido de despoblada: "No entendíamos que en una superficie de 7.000 hectáreas como las que tiene Orea estuviera tan limitada la movilidad de 177 personas, que son quienes lo habitan. Es que tranquilamente hubiéramos podido salir y, como ocurre de forma habitual, no encontrarnos con nadie".

SOLIDARIDAD Y PRECAUCIÓN

En una situación así, a las personas que sí se les permitía una movilidad mayor se convirtieron, sobre todo al

comienzo del estado de alarma, en la tabla de salvación para estos territorios. El personal de Correos, de servicios sanitarios y el funcionariado de algunas Administraciones, incluidos los ayuntamientos, auxiliaron a muchas personas mayores, enfermas o con movilidad reducida que, de repente, se encontraron solas, sin ser atendidas de forma regular o sin la visita también regular de familiares y amistades. Enseguida se improvisó un servicio de ayuda a domicilio y de solidaridad entre algunas personas para que las más necesitadas de cuidados no se quedaran sin los alimentos, medicamentos o atenciones que precisaban.

De hecho, en el argumentario de la Orden del 22 de mayo se reconocía que "en los municipios con menos de 10.001 habitantes, casi uno de cada cuatro habitantes es mayor de 65 años (2,1 millones de personas en total), y, más aún, en los 5.000 municipios con menos de mil habitantes el 31 % de las personas tienen más de 65 años. De ahí que todas las medidas hayan de valorarse de acuerdo con la situación de cada municipio, debiendo primar el principio de precaución".

“Desde el primer día del confinamiento llevamos todos mascarilla y respetamos la distancia de seguridad”. Lo dicen los agricultores de Miajadas (con casi 10.000 vecinos) y los habitantes de Orea (con 177) para demostrar que ese principio de precaución estuvo y está muy presente en los territorios rurales, con independencia del tamaño de las poblaciones.

Estas mismas personas se quejan de que, una vez más, esa imagen de despoblamiento —baja densidad demográfica (en Miajadas hay 81 habitantes por kilómetro cuadrado frente a los 5.000 de Madrid o Sevilla),

espacios abiertos y reducida movilidad por la escasez de transportes— dio la falsa impresión de una arcadia poco propicia a la propagación del virus. De ahí el éxodo al principio del estado de alarma de muchos urbanitas hacia sus segundas residencias más rurales.

“Se presenta al mundo rural como un lugar resistente al virus y eso es falso, puede llevarnos a tomar decisiones muy peligrosas”, manifestó [Teresa López, presidenta de la Federación de Asociaciones de Mujeres Rurales \(Fademur\)](#), cuando acudió al Congreso de los Diputados para participar en la Comisión de Reconstrucción Social y Económica. “Nuestros consultorios no se cierran. Nuestros médicos se quedan”, rezaban varias pancartas en pueblos de Segovia en plena pandemia, a la par que López advertía: “En las zonas rurales donde el virus ha estado presente los efectos han sido terribles. Esto se debe a la ausencia de recursos sanitarios en amplias zonas rurales”.

El confinamiento también afectó a otros sectores que tuvieron que parar y cerrar, como los alojamientos de turismo rural, y a otros servicios, como los educativos. Estos últimos, debido a la insuficiente conexión digital que sufre un amplio número de zonas rurales, no llegaron de forma adecuada a muchos hogares, lo que dificultó que los escolares siguieran las lecciones e hicieran los deberes de forma apropiada. ■



Los empleados de Correos siguieron trabajando durante el confinamiento.

LA HERENCIA DE LA CUARENTENA

Desconfianza y fuerzas renovadas. Estos son los dos conceptos que más resuenan cuando se pulsa el estado de las zonas rurales tras el confinamiento que conllevó el estado de alarma. “Ha erosionado muchos equilibrios que ya eran muy vulnerables, al crear una psicosis colectiva que lleva incluso a desconfiar del vecino”, cuentan algunos alcaldes y alcaldesas.

En Fuentidueña, en la comarca segoviana de Tierra de Pinares, Cristina Martín, ejemplifica la parte de las fuerzas renovadas. Esta maestra es a la vez propietaria de un alojamiento rural que ahora quiere ampliar con Las Villas de Fuentidueña, una especie de aldea en la que podrán alojarse más de cuarenta personas con diferentes ofertas de ocio. “Tenemos que seguir para adelante, no podemos parar precisamente ahora, y menos en pueblos como el nuestro, con menos de 150 habitantes”, apostilla Martín.

